

Capítulo 1 LA RIQUEZA DE LAS NACIONES

Adam Smith

Adam Smith (1723-90) nació en Kirkcaldy, Escocia. En 1740, obtuvo el Máster en Humanidades en la Universidad de Glasgow y posteriormente fue profesor de Filosofía Moral en esta misma universidad, entre 1752 y 1763, y oficial de Aduanas de Escocia desde 1778 hasta 1790. *La Riqueza de las Naciones* consagró a Smith como el fundador de la economía política.

De la división del trabajo

(*Libro I, capítulo I*)

El considerable adelanto en la capacidad productiva del trabajo, y la mayor pericia, destreza y maestría con que se emplea o aplica a cualquier tarea, parece tener su origen en la división del trabajo.

Los efectos de la división del trabajo sobre la sociedad se comprenderán más fácilmente si consideramos la manera en que actúa en determinadas manufacturas. Se supone que este método está mucho más desarrollado en las manufacturas más simples. No es seguro que en éstas adquiriera mayor desarrollo que en otras de mayor importancia, pero en las muy sencillas, que se destinan a satisfacer las necesidades de un reducido grupo de personas, el número total de trabajadores ha de ser necesariamente limitado y, frecuentemente, los trabajadores de cada

Adam Smith, *An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations*, originalmente publicado en 1776. Texto seleccionado de Modern Library Edition, editado por Edwin Cannan. Nueva York, 1937.

una de las distintas fases del proceso pueden agruparse en un mismo taller y ser objeto de observación simultánea. Así, en las grandes manufacturas que se destinan a satisfacer la demanda de un público numeroso, cada fase del proceso emplea a tal número de trabajadores que resulta imposible agruparlos en un mismo taller y no podemos observar, de una sola vez, un número de obreros superior al que se ocupa en cada uno de los procesos más simples. Por consiguiente, aunque en estas manufacturas el trabajo puede dividirse en un número mucho mayor de fases que en las más simples, la división no queda reflejada con idéntica nitidez y, por tanto, es menos apreciable.

A continuación, consideraremos una manufactura muy sencilla en la que frecuentemente se ha observado este proceso de división del trabajo: la fabricación de alfileres. Un obrero no adiestrado en este oficio (a quien la división del trabajo ha obligado a realizar una labor distinta), desconocedor de la maquinaria que se utiliza (cuya misma invención probablemente tiene su origen en la división del trabajo) difícilmente podría, aun aplicando su nivel máximo de destreza, fabricar un alfiler cada día y, por supuesto, no podría fabricar veinte. Pero según se trabaja actualmente en este oficio, no solamente el proceso completo de fabricación es en sí mismo un arte sino que está dividido en una serie de procesos cuya mayor parte constituyen, a su vez, un oficio en sí mismo. Un trabajador prepara el alambre, otro lo endereza, un tercero lo corta, el cuarto moldea el extremo y un quinto esmerila el otro extremo para recibir la cabeza. La fabricación de la cabeza exige dos o tres operaciones distintas; insertarla constituye una tarea singular, y pulir los alfileres otra; incluso disponerlos en el papel es una tarea diferente. De esta manera, el oficio de la fabricación de alfileres queda dividido en unas dieciocho operaciones distintas que, en algunas factorías, son realizadas por diversos operarios, mientras que en otras el mismo operario ejecuta dos o tres de estas fases diferentes. He visto una de estas pequeñas manufacturas que empleaba solamente a diez hombres y en la que, por este motivo, cada uno atendía a dos o tres actividades distintas. A pesar de ser muy pobres y, por tanto, medioderamente provistos de la maquinaria imprescindible, podían, cuando trabajaban diligentemente, fabricar aproximadamente doce libras de alfileres entre todos. En una libra hay alrededor de cuatro mil alfileres de tamaño medio. Así, entre estas diez personas podrían fabricar cerca de cuarenta y ocho mil alfileres diarios. Por tanto, cada persona fabricaba una décima parte de los cuarenta y ocho mil alfileres, es decir, cuatro mil ochocientos alfileres diarios. Pero si hubieran desarrollado su labor de forma separada e independiente, y suponiendo que ninguno dominase el oficio, seguramente ninguno podría haber fabricado más de veinte, tal vez ni siquiera uno diario. Por supuesto, esta cifra no se acerca a la doscientas cuarentava parte, ni siquiera a la cuatro mil ochocientasava fracción, de

lo que son capaces de fabricar actualmente, como consecuencia de la división y combinación adecuada de las diferentes fases.

En cualquier otro oficio y manufactura, los efectos de la división del trabajo son similares a los de esta manufactura tan sencilla, a pesar de que en muchas de ellas el trabajo no puede ser subdividido en tantos procesos ni reducido a operaciones de igual grado de simplicidad. Sin embargo, la división del trabajo, cuando resulta posible, produce en cualquier oficio un incremento considerable de la capacidad de producción. Al parecer, la separación de diferentes oficios y trabajos ha tenido su origen en este desarrollo. Asimismo, esta segregación se produce más intensamente en aquellos países que disfrutan de un alto grado de industrialización y desarrollo: lo que en un país poco desarrollado es el trabajo de un solo hombre, constituye el de varios en una sociedad desarrollada.

Este fuerte incremento en la cantidad de trabajo que, como consecuencia de la división del mismo, puede ser realizado por diversas personas, se debe a tres circunstancias distintas: primero, al incremento de pericia de cada uno de los obreros; segundo, al ahorro de tiempo que, por lo general, se pierde al cambiar de tarea; y, en último lugar, a la invención de un gran número de máquinas que facilitan y abrevian el trabajo y capacitan a un hombre para hacer el trabajo de muchos.

En primer lugar, el incremento de pericia del trabajador aumenta necesariamente la cantidad de trabajo que es capaz de realizar. Además, la división del trabajo, mediante la reducción de cualquier oficio a una sucesión de operaciones simples, haciendo de esta determinada operación su tarea exclusiva, incrementa necesariamente el nivel de destreza del trabajador. Estoy seguro de que un herrero cualquiera que, aun acostumbrado a manejar el martillo, nunca ha fabricado clavos, si por cualquier circunstancia se ve obligado a intentarlo, apenas conseguirá fabricar más de doscientos o trescientos clavos en un día y, por supuesto, de calidad muy deficiente. Un herrero acostumbrado a fabricar clavos, cuyo oficio principal no ha sido éste, puede a duras penas, aplicando su mayor diligencia, hacer más de ochocientos o mil clavos en un día. He visto a varios muchachos menores de veinte años, que nunca han trabajado en oficio distinto al de la fabricación de clavos, que, cuando se esforzaban, cada uno podía fabricar alrededor de dos mil trescientos clavos en un solo día. Sin embargo, la fabricación de un clavo no es, en absoluto, una tarea muy sencilla. La misma persona acciona los fuelles, atiza o aviva el fuego cuando puede, calienta el hierro y forja cada porción del clavo, operación ésta que exige además cambiar de herramientas. Las distintas fases en que se subdivide la fabrica-

ción de un alfiler, o de un botón metálico, son todas mucho más simples, y la destreza de la persona que ha dedicado su vida a realizarlas es generalmente mucho mayor. La rapidez con que se realizan algunas de las operaciones de estas manufacturas excede lo que una persona que nunca las haya visto podría imaginar.

En segundo lugar, la ventaja que se obtiene al ahorrar el tiempo que generalmente se pierde en pasar de una clase de trabajo a otro es mucho mayor de lo que podríamos pensar a primera vista. Resulta imposible pasar rápidamente de un trabajo a otro, que se desarrolla en lugar diferente, con herramientas totalmente distintas. Un tejedor rural que desarrolla su actividad en una pequeña granja debe invertir un tiempo considerable en pasar de su telar al campo y del campo al telar. Cuando las dos tareas pueden ser llevadas a cabo en el mismo taller, no cabe duda de que la pérdida de tiempo es mucho menor. Incluso en este caso es muy considerable. Por lo general, un hombre se entretiene un cierto tiempo mientras cambia de tarea. Normalmente, cuando comienza la nueva tarea no está muy concentrado y animoso; como dicen, su cerebro no le acompaña y durante algún tiempo se dedica más a merodear que a trabajar seriamente. El hábito de la lentitud y de la actividad indolente y descuidada que todo campesino adquiere de forma natural, o más bien necesaria, tiene su origen en la exigencia de cambiar de trabajo y herramientas cada media hora, y de realizar veinte trabajos distintos casi cada día de su vida. Esto hace de él un hombre perezoso, gándul e incapaz de trabajar vigorosamente, aun en momentos de gran necesidad. Independientemente, pues, de sus deficiencias en cuanto a pericia, esa causa, por sí sola, produce siempre una reducción considerable en la cantidad de trabajo que es capaz de ejecutar.

En tercer y último lugar, todos deben comprender que la maquinaria adecuada facilita y abrevia en gran medida el trabajo. No es necesario brindar ningún ejemplo. Solamente observaré que la invención de todas esas máquinas que facilitan y abrevian el trabajo parece tener su origen en la división del trabajo. Los hombres tienen mayores probabilidades de descubrir métodos más sencillos y directos de lograr un objetivo, cuando toda la atención de sus cerebros se dirige hacia ese único objetivo más que cuando se disipa entre una gran diversidad de cosas. Pero como consecuencia de la división del trabajo, la atención de cualquier hombre se dirige por completo y de forma natural hacia un único objeto. Resulta natural esperar, por tanto, que uno u otro de los que trabajan en cada proceso particular encuentre más pronto o más tarde métodos más simples y directos de ejecutar su tarea, siempre que la naturaleza del mismo admita el perfeccionamiento. Una gran parte de las máquinas utilizadas en las manufacturas en que el trabajo está muy dividido fueron originalmente inventadas por los mismos trabajadores que, estando cada uno empleado en una actividad muy sencilla, dirige-

ron su pensamiento de forma totalmente natural a encontrar formas más sencillas y directas de realizarla. Cualquiera acostumbrado a visitar las manufacturas textiles ha podido observar el trabajo de unas magníficas máquinas que fueron inventadas por los mismos trabajadores, para facilitar y acelerar su propio trabajo. En las primeras máquinas de vapor, se empleaba a un niño para que abriera y cerrara alternativamente la conexión entre la caldera y el cilindro, a medida que el el pistón ascendía y descendía. Uno de estos muchachos, que gustaba de jugar con sus compañeros, observó que, si tendía una cuerda desde la válvula que abría la conexión hasta otra pieza de la máquina, la válvula se abría y cerraba sin su ayuda y lo dejaba libre para divertirse con sus compañeros de juego. Uno de los mayores perfeccionamientos que se ha hecho en esta máquina, desde que fue inventada, se debió así al descubrimiento de un niño que deseaba ahorrar su propio trabajo. Sin embargo, no todos los adelantamientos que se han realizado en las máquinas han sido obra de los trabajadores que las utilizaban. Muchas mejoras se deben al genio de los fabricantes, cuando la fabricación era su única labor; otras, por aquellos que son llamados filósofos o pensadores, cuyo oficio consiste en no hacer nada, pero observan todo; y también por quienes, de forma análoga, son capaces de combinar las características de los objetos más distantes y dispares. En el desarrollo social, la filosofía o la especulación se convierte, como cualquier otro trabajo, en la ocupación exclusiva y oficio único de una clase específica de ciudadanos. Como cualquier otra tarea, también se divide en un gran número de ramas diferentes que proporcionan empleo a un grupo o clase de filósofos; y esta subdivisión del trabajo filosófico, al igual que ocurre en cualquier otro trabajo, perfecciona su habilidad y ahorra su tiempo. Cada individuo se hace cada vez más experto en su oficio, la totalidad de las cosas se benefician de una mayor cantidad de trabajo aplicada y el acervo científico se incrementa considerablemente.

Es la gran multiplicación de la producción de la totalidad de los diferentes oficios, consecuencia de la división del trabajo, la que produce, en una sociedad correctamente dirigida, la opulencia universal que se extiende hasta alcanzar a los niveles sociales más bajos. Cada trabajador puede disponer de una cantidad de trabajo que supera a sus necesidades y, como cualquier otro trabajador está exactamente en la misma situación, puede intercambiar una gran cantidad de sus propios bienes por otra o, lo que resulta equivalente, por el precio de una gran cantidad de bienes ajenos. Él suministra bienes en abundancia que los demás pueden adquirir, y los demás le surten tan abundantemente como él puede adquirir, y una abundancia general se distribuye entre todos los niveles sociales.

Observe la vivienda del artesano o asalariado más común de un país civilizado e industrial. Percibirá que el gran número de personas



que han intervenido, aunque en pequeña proporción, en procurarles su vivienda, excede a todos los cálculos posibles. Por ejemplo, el abrigo de lana que cubre al asalariado, por sencillo y vulgar que pueda parecer, es el producto del trabajo conjunto de una gran multitud de trabajadores. El pastor, el esquilador, el cardador, el tintador, el trenzador, el hilador, el tejedor, el calibrador, el sastre y otros muchos deben asociar sus diferentes oficios para completar un artículo doméstico tan simple. Además, ¡cuántos transportistas y comerciantes habrán sido empleados para transportar los materiales desde unos lugares de trabajo a otros que, frecuentemente, se encuentran en lugares distantes del país! ¡Cuanto comercio y navegación, y en particular cuántos constructores navales, marinos, fabricantes de velas y sogas han tenido que emplearse para llevar a un mismo lugar los diferentes compuestos químicos que utilizó el tintador, que generalmente proceden de los lugares más remotos de la tierra! ¡Cuánto trabajo se necesita, además, para producir las herramientas del trabajador más insignificante! Todo esto sin tener en cuenta máquinas tan complicadas como el barco del marinero, el molino del molinero e incluso el telar del tejedor. Consideremos sólo, por un momento, qué diversidad de labores se necesitan para fabricar una máquina tan simple como las tijeras de esquila, con las que el pastor corta la lana. El minero, el fabricante del horno para fundir el mineral, el lenador, el operario que quema los leños para hacer el carbón vegetal que se utilizará en la fundición, el fabricante de ladrillos, el albañil, los obreros que atienden al horno, el maquinista, el forjador, el herrero, deben trabajar conjuntamente para fabricarlas.

Si tuviéramos que analizar de la misma forma todos los elementos de su vestimenta y mobiliario doméstico: la simple camisa que cubre su piel; los zapatos con que calza sus pies; la cama en que yace y todas las piezas que la componen; la cocina en que prepara sus alimentos; el carbón que utiliza para tal fin, extraído de las entrañas de la tierra y transportado hasta él por transporte marítimo y terrestre tal vez; todos los utensilios de su cocina; la madera de su mesa; los cuchillos, los platos de tierra o porcelana sobre los que sirve sus alimentos; las diversas manos que han intervenido en la preparación del pan y la cerveza; la ventana de vidrio que permite el paso del calor y de la luz y que le protegen del viento y la lluvia, con todo el conocimiento y pericia que se necesitan para preparar ese maravilloso y feliz invento, sin el que en esas frías latitudes del mundo difícilmente podría haberse intentado tener un cobijo confortable, junto con las herramientas de todos los obreros empleados en la producción de todos estos elementos tan diversos; si analizamos, digo, todas estas cosas y consideramos la gran variedad de trabajo encerrada en cada una de ellas nos daremos cuenta de que, sin el concurso y cooperación de millares de trabajadores, la persona más modesta de un país civilizado no podría ser provista ni siquiera

con los elementos que, muy falsamente imaginamos, constituyen su simple y modesta habitación. Verdaderamente, si lo comparamos con el lujo más extravagante de los poderosos, no hay duda de que su vivienda debe parecernos extremadamente simple y vulgar; aun así, puede ser que el palacio de un príncipe europeo no exceda por norma, en mucho, a la casa de un campesino trabajador y frugal tanto como la vivienda de este último excede a la de muchos reyes africanos dueños absolutos de las vidas y libertades de diez mil salvajes desnudos.

La división del trabajo está limitada por la extensión del mercado

(Libro I, capítulo 3)

Así como el intercambio origina la división del trabajo, el grado de especialización viene siempre limitado por la extensión del mismo; en otras palabras, por la extensión del mercado. Cuando el mercado es muy estrecho, ninguna persona puede tener incentivo alguno para dedicarse a un trabajo exclusivo, ya que deseará poder intercambiar el exceso del producto de su propio trabajo, que sobrepasa y excede a su propio consumo, por tantas porciones del trabajo ajeno como sea posible.

Hay ciertas clases de industria, incluso las más miserables, que no pueden desempeñarse sino en una gran ciudad. Así, un transportista no puede encontrar empleo ni medios de subsistencia en otro lugar. Un pueblo constituye un entorno excesivamente estrecho para él; incluso el mercado de un pueblo mediano resulta insuficiente para asegurarse la continuidad en el trabajo. En las casas aisladas y pequeñas aldeas que salpican las inhabitadas tierras de las Tierras Altas de Escocia cada campesino debe ser el carnicero, el panadero y el cervecero de su familia. En tales situaciones es raro que encontremos tan siquiera un herrero, un carpintero o un albañil a menos de veinte millas de otro artesano con el mismo oficio. Las familias aisladas, que habitan a ocho o diez millas de distancia del artesano más cercano, deben aprender a fabricarse ellos mismos un gran número de pequeñas herramientas, para cuya fabricación en zonas más habitadas contarían con la ayuda de otros artesanos. Los trabajadores del campo están obligados a aplicar, en casi todas partes, su trabajo a diversas ramas de la industria tan afines entre sí que permiten aproximadamente la utilización de la misma clase de materiales. Un carpintero rural realiza cualquier trabajo que se relaciona con la madera; un herrero rural, todo trabajo que exija la utilización de hierro. El primero no se limita a ser un carpintero, sino que es además ensamblador, ebanista e incluso tallista, al tiempo que hace

ruedas de carro, arados, carretas y vagones. Los trabajos del segundo son aún más variados. Es imposible imaginar que exista un oficio parecido al del fabricante de clavos en una región tan apartada como el interior de las Tierras Altas escocesas. Este trabajador, a una media de mil clavos diarios y trescientos días laborables en el año, fabricará trescientos mil clavos en un año. Pero en esa situación sería imposible dar salida a mil clavos, esto es, a un día de trabajo.

Mediante el transporte marítimo, se ha abierto un mercado más extenso a toda la industria que aquel que puede quedar abastecido por medios terrestres únicamente. Por tanto, es sobre la costa y en las riberas de los ríos navegables donde cualquier clase de industria comienza a subdividirse y a desarrollarse, y no es hasta mucho más tarde cuando las innovaciones se difunden al interior de los países.

Las Sociedades Anónimas

(Libro V, capítulo 1)

Las sociedades anónimas, establecidas por carta real o por acta del parlamento, difieren en diversos aspectos de las compañías en comandita y de otras formas de copropiedad empresarial.

En primer lugar, en una compañía, ningún socio, sin el consentimiento de los otros asociados, puede transferir su participación o introducir a otra persona en la compañía sin el consentimiento de los demás socios. Cada miembro puede sin embargo, con aviso previo, retirarse de la compañía y reclamar que le sea pagada la parte que corresponde a su participación. Por el contrario, en una sociedad anónima, nadie puede reclamar el pago de su participación a la compañía, pero cada socio puede, sin el consentimiento de los demás socios, transferir su participación a otra persona y, consiguientemente, introducir a un nuevo miembro. El valor de una participación en una sociedad anónima es siempre el precio de intercambio en el mercado, y éste puede ser mayor o menor, en cualquier cantidad, que la suma que le corresponde según el activo neto de la compañía.

En segundo lugar, en una compañía cada socio responde por las deudas contraídas por la misma, con toda su fortuna. En una sociedad anónima, por el contrario, cada socio responde solamente con el límite de su aportación.

La actividad de una sociedad anónima está siempre bajo la dirección de un consejo de administración. Este consejo está frecuentemen-

te sujeto, en muchos aspectos, al control de una junta general de propietarios. Pero la mayoría de estos propietarios en contadas ocasiones pretenden saber nada sobre la actividad de la compañía y, cuando el espíritu activo no es el que prevalece entre ellos, no se molestan en los detalles sino que se contentan con recibir cada seis meses o cada año un dividendo tan sustancioso como los administradores piensen que es pertinente para ellos. Esta ausencia total de molestias y riesgos, a cambio sólo de una suma limitada, animó a muchos individuos, que nunca habrían arriesgado su dinero en una sociedad regular, a participar en las sociedades anónimas. Este tipo de sociedades, pues, consiguió atraer, por lo general, mucho más capital de lo que ninguna sociedad regular puede. Las acciones de la Compañía de los Mares del Sur llegaron a valer, en cierto momento, la cifra de treinta y tres millones ochocientas mil libras. Sin embargo, dado que los administradores de estas compañías son los administradores del dinero de otros, más que del suyo, no se puede esperar en buena lógica que lo protejan de igual forma que los socios de una sociedad regular miran por su dinero. Como los sirvientes de un rico hacendado, se perderán en los pequeños detalles y descuidarán el honor de su señor, y muy fácilmente se desresponsabilizarán de ello. Por consiguiente, negligencia y desperdicio se convierten en la constante más o menos reiterada de este tipo de compañías. Debido a esto, las sociedades anónimas de comercio exterior han sido incapaces, en contadas ocasiones, de competir con los empresarios privados. Por lo tanto, rara vez han tenido éxito, a no ser con la ayuda de un privilegio de monopolio, aunque aun así tampoco lo han tenido. Sin el privilegio de monopolio han realizado una mala administración; con el privilegio exclusivo han realizado una mala administración y además han limitado las posibilidades del comercio.

Pero una sociedad anónima, con un pequeño número de propietarios y con un capital moderado, se aproxima mucho al carácter de una sociedad regular y puede ser sometida a un grado de vigilancia y control muy similar.

Educación

(Libro V, capítulo 1)

Durante el proceso de desarrollo de la división del trabajo, el empleo de aquella mayoría de trabajadores que viven de él, esto es, de la

mayor parte de las personas, se reduce a unas escasas y sencillas tareas, generalmente a una o dos. Pero los conocimientos de la mayor parte de los hombres están marcados necesariamente por la labor que desarrollan. El hombre cuya vida transcurre ejecutando unas pocas y sencillas actividades, cuyos resultados también son, tal vez, siempre los mismos o muy parecidos, no tiene ocasión de excitar su entendimiento o de ejercitar su capacidad inventiva, para encontrar formas de evitar unas dificultades que nunca surgen. Pierde de forma natural, por tanto, el hábito de indagar y, generalmente, se convierte en un hombre tan estúpido e ignorante como resulta posible para el ser humano. La torpeza de su mente le convierte en un hombre no solamente incapaz de sostener o tomar parte en una conversación racional, sino de ni siquiera concebir un sentimiento generoso, noble o tierno y de tener, por tanto, cualquier pensamiento cabal relacionado con muchos de los deberes, incluso más sencillos, de la vida privada. Es incapaz de comprender en absoluto los grandes y diversos intereses de su país; y, a menos que se hayan invertido grandes esfuerzos en cambiar su mentalidad, es igualmente incapaz de defender a su país en la guerra. La uniformidad de su vida rutinaria corrompe de forma progresiva el ánimo de su mente y le hace mirar con horror la vida irregular, incierta y aventurera del soldado. Corrompe incluso la actividad de su físico y le convierte en una persona incapaz de aplicar su fuerza, con vigor y perseverancia, a una actividad diferente de aquella en que se ha desenvuelto siempre. Su destreza en el oficio parece, de esta manera, haberse adquirido a expensas de sus virtudes intelectuales, sociales y maritales. Pero en toda sociedad desarrollada y civilizada, éste es el estado en el que los obreros desheredados, esto es, la mayoría de las personas, tienen que caer por fuerza, a menos que el gobierno actúe para evitarlo.

No ocurre así en las sociedades incivilizadas, como se las denomina normalmente, de cazadores, pastores e incluso de campesinos; en ese rudo estado primitivo que precede al desarrollo de las manufacturas y a la extensión del comercio internacional. En estas sociedades, la variedad de ocupaciones de cada hombre obliga a cada uno a emplear toda su capacidad y a inventar formas de evitar las dificultades que se presentan continuamente. El espíritu de invención se mantiene vivo y la mente no corre peligro de caer en ese estado de inconsciente estupidez que, en una sociedad civilizada, parece obnubilar el entendimiento de casi la totalidad de las clases sociales bajas. En esas sociedades incivilizadas, que así se denominan, todo hombre es, según se ha observado, un guerrero. Todo hombre es también, en cierta medida, un estadista, y es capaz de tener ideas precisas sobre el interés social y la conducta de quienes lo gobiernan. La valía de sus jefes como hombres de paz, o su capacidad de liderazgo en la guerra, es algo que casi todos conocen. Ciertamente, en ese tipo de sociedad, ningún hombre puede adquirir el

grado de refinamiento y conocimiento que algunos hombres poseen en un país más civilizado. Aunque en una sociedad primitiva existe gran diversidad entre las actividades que cada individuo ejecuta, no existe la misma diversidad en cuanto a los oficios, si se considera al país globalmente. Todo hombre hace, o puede hacer, casi todo lo que hace o es capaz de hacer otro. Todos tienen un considerable grado de conocimientos, ingenio e inventiva; pero apenas ninguno posee estas cualidades en alto grado. Sin embargo, el nivel que se posee comúnmente resulta suficiente para solucionar la totalidad de los problemas simples de esa sociedad. En un país civilizado, por el contrario, aunque existe poca variación en la actividad de la mayor parte de los individuos, existe una gran diversidad, casi infinita, de oficios. Esta diversidad de ocupaciones ofrece una variedad casi infinita de objetos a la contemplación de esos pocos que, no estando ligados a ninguna ocupación en particular, tienen el tiempo y la inclinación para analizar las ocupaciones de otros. La contemplación de una diversidad tan grande de objetos ejercita por necesidad sus mentes en interminables comparaciones y combinaciones, y vuelve sus entendimientos agudos y comprensivos en grado extraordinario. Pero, a menos que estos privilegiados ocupen posiciones muy especiales, sus grandes habilidades, aunque muy honrables para ellos mismos, pueden contribuir escasamente al buen gobierno o felicidad de su nación. En ausencia de las magníficas capacidades de esta elite, los atributos más nobles del carácter humano pueden quedar, en gran medida, diluidas y difuminadas entre la masa popular.

La educación de la gente normal exige, en una sociedad civilizada y comercial, la atención de las autoridades más que la de las personas de mayor rango y fortuna. La gente de cierto rango y fortuna cumple, por lo general, dieciocho o diecinueve años antes de ejercer el negocio, profesión u oficio por el que piensan distinguirse en el mundo. Tienen, por tanto, todo ese tiempo para conseguir, o al menos prepararse para conseguir después, todos aquellos logros que pueden hacerles merecer la admiración pública o pueden hacerles acreedores a ella.

No ocurre así con el resto de las personas. No tienen casi tiempo para invertirlos en su educación. Los padres apenas sí pueden mantenerlos, ni siquiera durante la infancia. Tan pronto como pueden trabajar, deben comenzar a ejercitarse en el oficio que les permita ganar su sustento. Este oficio suele ser tan simple y uniforme que proporciona poca ocasión para el ejercicio del entendimiento. Al tiempo, su trabajo es tan constante y severo que deja poco tiempo y menor inclinación para dedicarse a, o incluso pensar en, cualquier otra cosa.

Pero aunque la gente normal no puede, en un país civilizado, educarse tan bien como las personas de cierto rango y fortuna, lo más esencial de la educación, tal vez leer, escribir y contar, puede adquirirse a edades tan tempranas, que incluso la mayor parte de aquellos que han de ocupar los más bajos empleos tienen tiempo de instruirse antes de comenzar a trabajar. Con un pequeño dispendio, las autoridades pueden facilitar, animar e incluso imponer a casi todos la necesidad de adquirir estos conocimientos elementales.